

Comentario al evangelio del Domingo 34 Ordinario: Solemnidad de Cristo Rey

Javier Del Ángel De los Santos – javierxaire@gmail.com

20 de noviembre de 2016

Lc 23,35-43

(Después de que Jesús fue crucificado) Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido.» También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: «Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!» Había encima de él una inscripción: «Este es el Rey de los judíos.» Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!» Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres a tu Reino.» Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Llegamos al final del año litúrgico. El evangelio de hoy nos enseña que no existen situaciones imposibles o irremediables que impidan a alguien alcanzar la plenitud de la vida (salvarse). Siempre hay una esperanza, incluso ante aquellos acontecimientos que parecen los más desesperados.

Según el libro del Génesis, la humanidad pecadora había sido expulsada del paraíso; pues ahora, en el evangelio de Lucas, la primera persona que entrará en el paraíso con Jesús será justamente un anónimo canalla, un bandido, un malhechor, y, desde aquel momento, las puertas del paraíso, es decir, de la salvación, permanecerán abiertas para todos aquellos que se convierten, es decir, que cambian su mentalidad y su conducta, sin importar cuál haya sido su pasado.

Con Jesús las relaciones entre Dios y la humanidad han cambiado radicalmente. Jesús no ha venido a castigar y condenar sino a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Esta es la verdad que recorre todo el evangelio de Lucas, el evangelio de la compasión. Por ejemplo, al inicio de este evangelio, cuando Dios se manifiesta a los pastores, que eran considerados entre los más pecadores y que temían el castigo divino, no sólo no son destruidos ni incinerados por la divina ira vengadora, sino que son rodeados por la gloria, la luz, el amor de Dios, y escuchan al coro angelical anunciar: “Paz en la tierra a los hombres que Él ama”. El amor de Dios es para toda la humanidad. Dios no odia ni destruye a nadie.

Ahora, casi al final de su evangelio, Lucas nos muestra cómo Jesús asegura a un bandido crucificado junto con él que entrará en el paraíso sin pedirle hacer (atención aquí) ni siquiera un mínimo de penitencia, sin pedirle que le confiese sus pecados, sin preguntarle si se había arrepentido, sin mandarlo aunque sea un ratito al tan temido Purgatorio. ¡Nada de eso! Jesús no pierde tiempo en tonterías y le dice claramente: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.” ¡Bendito bandido que hasta el cielo supo robarse!

Jesús asegura a este delincuente un lugar en el paraíso, ni más ni menos. Desafortunadamente, a lo largo de la historia del cristianismo se ha buscado atenuar la imagen de este bandido y se ha creado la figura de “el buen ladrón”, pero nada en el texto nos habla de la bondad de este malhechor. Incluso se le ha inventado un nombre, Dimas, al cual se ha canonizado y se le ha encontrado un día para celebrarlo, el 25 de

marzo, fiesta de San Dimas, protector de los ladrones (al menos de los arrepentidos, se dice) de los moribundos y de los sepultureros. Por desgracia ese día también se celebra la Encarnación del Jesús, y la fiesta de San Dimas ha pasado a un segundo plano o al olvido.

El evangelista nos describe el fracaso de Jesús, clavado en una cruz, pero a la vez el triunfo del amor. Jesús ha sido por fin capturado, ha sido objeto de una traición y de dos juicios injustos, el religioso ante el Sanedrín y el civil ante Pilato. La crucifixión era algo más que una pena de muerte, era el máximo suplicio y la mayor vergüenza pública. Morir crucificado significaba no sólo que la persona era un malhechor, sino que además era un maldito de Dios, que Dios no estaba con él y que lo rechazaba definitivamente. Al crucificar a Jesús, los líderes de Israel le están mostrando al pueblo que Dios está de parte de ellos y no de este blasfemo y rebelde galileo.

Jesús tiene a todos en contra: al pueblo, a los jefes religiosos, a los soldados, e incluso a uno de los malhechores crucificado con él. Y los que no están en su contra, simplemente lo han abandonado: todos sus discípulos varones que han huido cobardemente. (El “discípulo amado” del evangelio de Juan es anónimo y simbólico, y nunca se dice que sea Juan el apóstol). Las únicas fieles al pie de la cruz son las mujeres. Ellas, aunque a muchos les cueste aceptarlo, son las **únicas** testigos de su pasión y muerte, y las **primeras** testigos de su resurrección. Lo que tienen en común los que están en contra de Jesús es que vuelven a hacer presentes las tentaciones del diablo en el desierto.

En efecto, el diablo había tentado a Jesús en el desierto diciéndole: *“Si tú eres el Hijo de Dios, usa tus capacidades para tu beneficio”* (cfr. Lc 4,9). Jesús rechaza eso categóricamente y el diablo *“se aleja de él para regresar hasta el tiempo propicio.”* (cfr. Lc 4,13) Ese tiempo ha llegado. Ahora en la cruz, Jesús débil, crucificado, abandonado, fracasado, con todos en contra, convertido en un maldito de Dios y en un malhechor, se le presenta de nuevo la misma tentación que le puso el diablo ya que sus enemigos, de diferente manera, le dicen lo mismo: *“Si eres el Cristo de Dios, sálvate a ti mismo.”* Esta expresión se repite por tres veces en el fragmento de hoy. Se lo dicen los magistrados, es decir, los líderes del pueblo que lo han puesto ahí, se lo dicen los soldados que lo han crucificado y se lo dice el malhechor obstinado. No han comprendido que Jesús no ha venido a salvarse a sí mismo sino a salvar a los demás.

Y en todo este drama, la persona que es considerada más alejada de Dios, un pecador, un bandido, un delincuente, un malhechor (es decir, uno que hace-el-mal) crucificado con él, se dirige a Jesús con una fe que nos puede parecer desvergonzada pero que es una fe confiada y valiente: *“Jesús, acuérdate de mí cuando entres a tu Reino.”*

A nosotros quizás la escena ya nos parece lo más natural o normal, pero vale la pena recordar el contexto: la persona que era considerada por el sistema religioso como más alejada de Dios, excluida por Dios, la persona que debía ser castigada por Dios, es la persona que Dios recuerda, la ve con compasión y la salva. ¿Y que es lo que pide este malhechor? Pide ser recordado. Esta expresión, “ser recordado” no significa que Jesús es un poco desmemoriado y que hay que dejarle un mensaje para que no nos olvide. En el lenguaje bíblico “recordar” significa “actuar en favor de alguien.” El ajusticiado que está junto a Jesús le pide “ser recordado” es decir, que Jesús actúe en su favor. Y ya sabemos cómo actúa Jesús: mostrando compasión, es decir, restaurando o devolviendo la vida ahí donde no la hay. Lo que el malhechor le está pidiendo a Jesús es: acuérdate de mí, actúa en mi favor, muéstrame compasión y

restáurame el honor, la dignidad y sobre todo la vida para poder continuar viviendo más allá de la muerte. Por eso Jesús le responde: “*Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.*” ¡Trato hecho, estás conmigo, no te preocupes, vivirás!

Jesús le garantiza que en ese mismo día estará con él en el paraíso, es decir, que podrá seguir viviendo después de la muerte que está por padecer. Es la única vez en todo su evangelio que Lucas pone en boca de Jesús la palabra “paraíso”. El evangelista usa este término para contrastarlo con la teología expresada en el libro del Génesis donde Dios castiga a la humanidad pecadora expulsándola del paraíso.

En la mentalidad de aquel tiempo, debido al pecado y al castigo de los primeros padres, el paraíso (jardín) representaba la vida y la felicidad perdidas, el lugar de la tentación, de la desobediencia, de la muerte, un lugar vigilado y de puertas cerradas donde nadie podía atreverse a entrar. Con Jesús sucede todo lo contrario: el pecador arrepentido entra con él en el paraíso, el cual se convierte ahora en el lugar de la vida y la felicidad restauradas cuyas puertas quedan abiertas definitivamente para aquellos que quieran ingresar. ¿Por qué? Porque Dios no mira los méritos y las virtudes de las personas sino sus necesidades. Porque Jesús ha venido a buscar lo que estaba perdido. Porque no hay imposibles para Dios ni para nadie. Porque la salvación es para todos aquellos que, aún en los últimos instantes de su existencia, se convierten reconociendo que Dios siempre está listo para recordarnos con amor y restaurar la vida ahí donde no la hay.

Pero atención aquí, porque Jesús no es el rey ostentoso de un reino material, como a muchos les ha gustado y les sigue gustando en nuestras iglesias. Jesús no reina dictando leyes que oprimen al ser humano. Jesús reina con amor servicial poniendo en práctica las actitudes o valores del reino de Dios que se nos muestran de diferentes maneras a lo largo de todos los evangelios y que hemos repetido constantemente: perdonar, curar/sanar, incluir y compartir.

Cuando decimos en la fiesta de hoy “Viva Cristo Rey”, estamos reconociendo que queremos ser discípulos de ese reino, del reino de Dios, no de otro, y que nos comportamos o queremos comportarnos de esa manera. Dicho de otra forma: si creemos que Cristo es rey, nuestro rey, entonces nosotros, como Jesús con Dimas, debemos *acordarnos de los demás*, debemos *actuar en favor de los demás*, sobre todo de quienes la pasan más mal a nuestro alrededor. De nada sirve acordarnos de celebrar la fiesta de Cristo Rey si no nos acordamos de los demás, de actuar en favor de los demás.

Acordarnos de los demás, como Jesús de este bandido, se nos debe de notar con nuestra vida buscando establecer relaciones de amor, de compasión, de reconciliación, de justicia, de solidaridad, de paz, sobre todo cuando las situaciones parecen más difíciles. Sólo así podremos construir el Reino de Dios, esa sociedad alternativa que Jesús ha venido a inspirar para que todos tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10b). Sólo así podremos tener la certeza al final de nuestra vida, de que “estaremos con Jesús en el paraíso”.

Entonces, ¿qué vas a hacer hoy para *acordarte* de los demás, para *actuar en favor* de los demás?